

sus campanas disonantes. Eran las siete de la noche. Tomé el sombrero y me dispuse á salir antes de que acabara la tertulia. Al irme oí que Porras decía:

—Vámonos. Ya estamos en tinieblas, y el buen amigo don Juan es tan avaro que no quiere gastar en una vela; por eso nos tiene á oscuras. ¡Viva el obscurantismo!



XXIV.

Mi entrada en el despacho de Castro Pérez fué para mi tía Pepa el colmo de la dicha, no sólo porque allí ganaría algunos duros su pobre sobrino, sino porque creía, en su candorosa sencillez, que dados el crédito y la buena posición del abogado, éste aseguraría mi porvenir. Se mostraba contentísima la buena señora é iba diciendo por todas partes:

—¿Ya saben vdes? ¿No lo saben? ¡Estamos muy contentas! Rodolfito está colocado en el bufete del señor don Juan. ¡Ahora sí que se acabaron las penas y las dificultades! ¡Ya el sobrino tiene un buen sueldo, y, si Dios quiere, me quitaré de lidiar con la chiquillería!

Pero la enferma veía las cosas de otro modo.

—Estoy contenta; sí, porque de algo á nada . . . algo es algo! Tú mereces más, mucho más. No es justo que trabajes así, todo el santo día, por tan poco dinero! Pero, qué quieres! Así es todo en Villaverde. Digámoslo claro: todos quieren que los demás les sirvan de balde! Conformate, Rorró, y procura cumplir con tus obligaciones, para que si mañana es necesario que te ocupes en algo que te produzca más, no tenga Castro que decir de tí lo que yo le he oído decir de otros muchachos.

Desde el día en que entré á servir al jurisculto me propuse vivir aislado, lejos de los chismes villaverdinos que ya comenzaban á disgustarme, así es que á las horas de descanso me encerraba yo en casa, á leer ó á conversar con Angelina, y únicamente los domingos por la tarde me echaba yo á vagar por los callejones, ó me iba á pasar dos ó tres horas en las orillas del Pedregoso ó en las verdes laderas del Escobillar, de donde volvía yo cargado de helechos y flores campesinas.

Angelina se mostraba amable y cariñosa conmigo, pero pronto pude observar que no gustaba de quedarse sola á mi lado, antes, por el contrario, huía de mí como temerosa de un peligro.

Sin duda obedecía prudentes consejos de su confesor el buen P. Solís. Aquel despego de la hermosa niña avivaba en mi alma, de un modo terrible, la pasión que la belleza y las cualidades de la joven habían encendido en mí, y que mi tía Pepa procuraba fomentar.

Quando por las mañanas, al salir de mi cuarto, buscaba yo á la gentil doncella, y esperaba encontrarla en el comedor, me hallaba yo á Juana, muy engastada y mohina.

—¿Qué hace vd. aquí?

—¡Estoy barriendo! Esto no es de mi obligación, pero como la niña no quiere hacer este quehacer, aqui me tiene vd. . . .

Por la noche, en torno de la mesa, mientras mi tía Pepa y Angelina hacían aquellas hermosas flores que han dejado perdurable fama en Villaverde, me instalaba yo, triste y contrariado, en un sillón, cerca de ellas, y sin decir palabra me entregaba en la lectura de un libro ameno. La enferma estaba ya en el lecho, y la anciana y la joven trabajaban hasta media noche.

—¿Qué te pasa?—solía decirme tía Pepa.—¿Qué tienes que así estás como pajarillo en muda?

—Nada tía. Este libro que me tiene interesado y lleno de curiosidad.

Angelina conversaba de cosas indiferentes, pero á cada instante clavaba en mí una mirada llena de ternura. Yo habría deseado decirle: "Angelina, mi dulce Angelina, óyeme: ¿por qué huyes de mí? ¿por qué te muestras indiferente y desdenosa con quien te ama? Antes no eras así antes . . . Te amo, Angelina, te amo. No puedo ofrecerte una fortuna, no puedo brindarte riquezas. . . . Nadie sabe mejor que tú que soy pobre y desgraciado. Tú has sido desdichada también. Pues amémonos, amémonos, pero no como dos hermanos. Tus ojos, esos hermosos y brillantes ojos, húmedos por las amargas lágrimas de la orfandad, me dicen que me amas. En vano pretendes ocultarme que vives para mí; es inútil que te empeñes en esconder así ese secreto de tu corazón. ¿No ves que á cada momento te traicionan tus miradas? El cielo nos ha reunido bajo el mismo techo, como para decirnos: ¡Amaos! ¡Amaos! Y te amo, dulce y buena niña; te amo con la plácida ternura de los primeros años de la vida. ¿Temes? ¿Por qué, mi dulce niña? ¿Sabes acaso que hace mucho tiempo me rebó el corazón una chiquilla graciosa y bella? ¡Ah! Piensa que ese amor fué un delirio . . . un sueño fugitivo; algo así como esos alcázares de nu-

bes, palacios de plata que forma el viento de la noche en la serena inmensidad de los cielos, brillantes edificios que duran un instante, y luego se desvanecen, dejándonos ver un reguero de astros. Mira: ese amor, alegría venturosa de mis primeros años juveniles, pasó para siempre. La que despertó en mi alma ese sentimiento, es ahora esposa y madre; es feliz, y su felicidad me tiene contento y satisfecho. Acepta el amor que te ofrezco, Angelina; noble, sencillo, puro, ese amor renueva en mí la plácida ilusión de los quince años, tímida flor de pétalos embalsamados que se abre al rayo apacible de tus miradas, regada con el llanto de tempranos infortunios. ¿Eres desgraciada? Yo también lo soy. ¿Eres huérfana? También soy huérfano. El cariño maternal no ungió nuestra frente con sus besos envidiables. Ámame. Nada puedo ofrecerte de cuanto el mundo codicia y aplaude, ni riquezas, ni poder, ni gloria. Pongo en tus manos mi corazón, mi pobre corazón trémulo de amor."

Al dejar el libro en que leía yo, levanté los ojos para mirar á la doncella. ¡Nunca más hermosa! Vestía ligero traje de muselina, y estaba graciosamente envuelta en un rebozo que cruzándose flojo y lleno de pliegues en el pecho de

la joven dejaba caer hacia atrás, sobre los hombros, las flecadas puntas. La luz de la lámpara daba de lleno en el rostro de la doncella, en aquel rostro pálido y melancólico, doblemente interesante bajo los negros cabellos. Angelina armaba un ramillete de fantásticas flores de papel de plata, de esas que presentan tan buen aspecto en los altares, y que son, desde hace algunos años, indispensables en toda fiesta religiosa, en toda función clásica. Visitad en Pluviosilla la iglesia de Santa Marta, y vereis qué aspecto tan hermoso presenta el templo con esos adornos, con esa floración metálica que parece robada de los jardines de los gnomos. La joven iba disponiendo los tallos floridos en una varilla larga y flexible. En el extremo superior un grupo de azucenas rodeado de espigas; abajo de éstas, á cada lado, grandes malváceas de anchos pétalos, y en seguida estupendas rosas de apretado seno, capullos vigorosos, hojas de lirio gráciles y flexibles.

Cuando Angelina hizo el último nudo y cortó el haz de pita floja, y lió el tallo con una tirilla de papel de China, alargó el brazo para observar á la distancia el efecto del ramillete. Miróle largo rato, y luego compuso las flores que no le pare-

rían bien colocadas, encorvando los alambres, ó dando con breve toque de sus afilados dedos, gallardía y expresión á las corolas.

—¡Vaya!—exclamó.—¡Hemos concluido! El P. Solís quedará contento.

Y volviéndose cautelosamente para ver si estábamos solos, agregó:

—¿No lee vd. ya?

—Ha tiempo que cerré el libro.

—¿Qué hacía vd?

—Verla á vd.

—¿Verme?

—Sí; admirar tanta belleza....

—¿Tanta belleza? Parece que el señor don Rodolfo se ha vuelto galante....

—¡Ay, Angelina!—exclamé poniéndome en pie.—Es preciso que esto tenga término!....

La joven comprendió al punto lo que iba yo á decirle, y se puso trémula, asustada, roja como una amapola. Me acerqué de puntillas, y apoyado en el respaldar del sillón, me incliné, y en voz baja le dije al oído:

—Angelina: la amo á usted! ¡Me muero de amor!....

No me contestó; llevóse las manos al pecho, y fijó la mirada en una cestilla que tenia delante.

—Angelina....—supliqué.

¡Silencio! ¡Silencio horrible! La emoción la ahogaba. Oía yo los latidos de su corazón.

—Angelina, una palabra.... ¡Una palabra, por piedad!

—No quiero hablar,—me dijo tristemente,—no quiero hablar; ¿no lee vd. en mis ojos más de lo que mis labios pudieran decirle? ¡A qué negar lo que ya sabe vd! ¡A qué ocultar, Rodolfo, que hace mucho tiempo que le amo! ¡A qué negar lo que mis ojos le han dicho tantas veces!

Apartó los ramilletes que tenía delante, y ocultó el rostro entre las manos.

Sonaban en aquel momento las doce en el viejo reloj de la sala, y tía Pepa, que andaba en las piezas interiores, se presentó en la habitación.

—¿Acabaste ya?

—¡Ya! Vea vd....

—Mañana, hijita. Es preciso madrugar. ¿No dices que quieres ir á las misas de aguinaldo? Yo también, yo también quiero ir!

—¡Ni quien se acordara de eso!

—¡Rodolfo no irá!—prosiguió la anciana.—¡Bueno es él para levantarse tan temprano! Si tú quisieras, Rorró, irías con nosotras.... Yo no pierdo nunca esas misas; me gustan mucho, mu-

cho. Me parece que soy muchacha. El abuelito nos levantaba temprano. Con él íbamos todos, menos Carmen, porque siempre fué muy floja. ¡Ya se ve! ¡Se acostaba á las mil y quinientas! ¿Vas con nosotras? Ya no te acordarás de cómo son las misas de aguinaldo.... No son como antes, ¡cuándo! pero verás cómo te gustan. ¿Qué allá en México no hay misas así?

Mientras mi tía hablaba, Angelina puso en orden las cosas de las mesas; cerró cajas y cajitas; las alineó en un extremo, recogió los alambrillos dispersos y tapó el cacito del engrudo para que los ratones no hicieran de las suyas en él. Charlabla la anciana, y yo, más atento á la joven que á la conversación de mi tía, me gozaba en los rubores de la doncella que, medio envuelta en el rebozo, huía de mis miradas como si hubiera cometido un delito. Colocaba Angelina sus ramilletes en una gran cesta y los cubría con un lienzo, cuando mi tía, tocándome en el hombro, exclamó impaciente:

—¡Pero, muchacho, estás ido, ó qué te pasa que no oyes lo que te digo!

—Vd. dispense, tía!—contesté avergonzado, temeroso de que sorprendiera el secreto que me tenía distraído—¿Misas de aguinaldo? Las hay

en todos los templos, y con pitos, sonajas y música de cuerda. . . . mas no para los colegiales sujetos á rigoroso reglamento, condenados á perpetua clausura, como si fueran monjitas capuchinas. En el oratorio había misa, pero muy silenciosa y triste. La oíamos soñolientos y desesperados, tiritando de frío. Ahora iré con Angelina y con vd. á todas, á todas, para acordarme de mis buenos tiempos. ¿Se acuerda vd., tía Pepilla, de cuando me llevaba vd. á las misas de aguinaldo que decía en el Cristo el P. Artega?

—No me hables de eso, hijo, ni me recuerdes á ese infeliz que se hizo hereje, protestante, apóstata. . . .

Y desdeñando la conversación cortó la hebra de su charla.

—Vamos, Angelina. . . . ¡A dormir, que es muy tarde! Carmen te está esperando. La pobrecilla quiere cambiar de postura. . . .

En tanto que Angelina cerraba la puerta de la sala me dirigí á mi recamarita. El viento inundaba la habitación con los mil aromas del jardín, y el amor derramaba en mi alma el perfume embriagante de los años juveniles.

Apagué la bugía, y de codos en la ventana me puse á contemplar el cielo.

Era yo feliz, muy feliz. Mis labios quisieron pronunciar el nombre de Angelina, y sólo dijeron: ¡Matilde!

La dulce niña de mi primer amor ocupaba todavía un lugar en mi corazón.





XXV

Aquel recuerdo me llenó de tristeza. Vinieron á mi memoria las alegrías de los quince años, las fugitivas amarguras del primer pesar, la tortura congojosa del primer desengaño.

¡Miseria humanidad en la cual todo pasa y perece! En ella no persisten ni dichas ni dolores; la más intensa alegría se disipa como la niebla; el afecto de hoy se ve traicionado por el afecto de ayer, afecto que creíamos muerto, y que de pronto revive en el alma fuerte y activo. El dolor, con el cual llegamos á encariñarnos, del cual nos abrazamos perdida toda esperanza de volver á la dicha, deseosos de vivir para él, sólo para él, pasa y se va, huye y no vuelve, nos deja para que brisas de ventura, de una ventura fu-

gaz y efímera también, venga á refrescar nuestra frente y á reanimar el desmayado corazón.

La noche era magnífica, una de esas noches de Villaverde, tibias y benignas, sin nubes ni celajes, en que los astros centellean como diamantes, en que los vientos traen á la ciudad el rumor de los campos adormecidos, los cantares del perezoso río y los gratos perfumes del valle. El agua corría dulcemente por el sumidero del pilón, y en la espesura del jardincillo el *huelo de noche* embalsamaba el espacio con el penetrante aroma de sus flores tardías. Al pie de los muros y en torno de la fuente las últimas maravillas prodigaban, como en las noches otoñales, la esencia suavísima de sus caducas corolas. Orión fulguraba espléndido; Sirio brillaba apacible como una lágrima de oro; Aldebarán ardía purpúreo; la cerúlea Capella parpadeaba melancólica, y allá por el Sud, joya sin par de las regiones australes, resplandecía Canopo con irradiaciones azules, blancas y rojas. En suma, hermosísima noche, una de esas noches ante las cuales se dilata el alma y se ensancha el corazón; en que el pensamiento vuela de estrella en estrella, y en que, olvidados de las miserias de la triste vida terrena, quisiéramos volar y subir hasta más allá de

los últimos astros, para perdernos y abismarnos en las soledades misteriosas del éter.

Me puse de codos en el alféizar, y allí pasé la noche, solo con mi dicha y mis recuerdos. El constelado firmamento hacía gala de sus pálidos fuegos, la tierra dormía silenciosa, y de cuando en cuando se oía á lo lejos el ladrido de un perro ó el canto de un gallo.

Recordé cosas y sucesos pasados; evoqué memorias dolorosas de la niñez, pesares y amarguras infantiles; los tristes días de colegio, las melancolías del primer amor. Uno á uno desfilaron delante de mí parientes cariñosos, fieles servidores, amigos nunca olvidados. Al repasar las páginas del librito de mi vida me pareció que iba yo recorriendo larguísima y desolada calle, entre dos hileras de tumbas que aquí y allá blanqueaban á la sombra de los sauces y de los cipreses.

La felicidad y bienestar de mi familia en tiempos mejores vino á sonreírme, á lastimar con sus alegres memorias mi dolorido corazón. Antes abundancia, respetos, halagos, lisonjas. Ahora, pobreza, desconfianza, menosprecio, olvido. . . . ¿Dónde estaban los amigos de mis padres? No quedaban más que dos: el bondadoso médico y el desgraciado dómine. . . .

Me dí á pensar en los días felices de mi primer amor. Entonces surgió ante mis ojos blanca figura de mujer. Esbelta, pálida, vaporosa, ideal, aquella imagen querida venía á recordarme olvidados juramentos, promesas no cumplidas. Triste, doliente, llorosa, parecía decirme: —«Me ofreciste tu alma y tu vida; me ofreciste tu corazón, y se los diste á otra. . . ¡Ingrato!»

Y aquella voz tenía el timbre de la voz de Angelina. La visión desapareció arrebatada por una ráfaga del viento matinal que pasó estremeciendo las copas de los naranjos y columpiando los floripondios.

¡Locuras de muchacho! ¡Delirios de ardorosa fantasía! ¡Presentimientos de una alma tímida, de un corazón inconstante!

Sentí anhelo infinito de que aquel amor que llenaba mi alma fuese el último de mi vida; deseo firmísimo de vivir sólo para Angelina, sólo para ella; deseo vehemente de ser bueno para merecer el amor de la modesta niña; para gozar, como de cosa propia, de la hermosura de aquel cielo tachonado de luceros, de las mil y mil bellezas que la noche tenía cubiertas con sus velos, y que dentro de breves horas, al clarear el alba, aparecerían en toda su magnificencia; que sólo

á condición de ser bueno me sería dable gozar del supremo espectáculo de la naturaleza, de modo que se me revelaran todos sus encantos, y no fueran arcanos para mí la dulce melancolía de una tarde de otoño, ni la risueña alegría de una alborada de Mayo, ni la serenidad abrasadora de un día canicular, ni la terrífica majestad de la tormenta, cuando, desatada en las alturas, incendia con cárdenos fulgores las cumbres de la sierra.

Creía yo entonces—¡pobre muchacho soñador!—que un orto de fuego sería opaco y brumoso para el malvado; que los lirios del río no tendrían aromas para el perverso; que las selvas acallarían sus músicas y enmudecerían medrosas cuando pasaran bajo sus arcadas, bajo sus bóvedas de follaje, corazones manchados. Creía yo que el verdadero amor era premio y palma de la bondad, y que para amar y ser amados, con amor tan alto como yo le sentía y alcanzaba á comprenderle, elevación sublime, anhelo incesante de perfección, aspiración interminable á lo absoluto, era preciso que el alma se asemejase, por lo inmaculada y pura, á la flor que coronada de rocío abre su intacta corola al soplo cariñoso de los céfiros.

Pasé la noche en la ventana. Orión descendía hacia el ocaso, y el Carro iba ocultando sus es-

trellas en las profundidades de luctuosa nube que subía lenta y creciente de los húmedos valles de Pluviosilla.

Permaneci largo rato con el rostro entre las manos. El sueño entornaba mis párpados, é iba yo á recogerme, cuando grave y majestuosa sonó la campana mayor del templo parroquial. Tañido misterioso y solemne que anuncia la llegada del día; que repetido de montaña en montaña dice á los moradores de la serranía que Villaverde ha despertado.

Á los ecos del sagrado bronce contestan el río, la selva, los huertos y las aves. Las corrientes del Pedregoso cambian de ritmo; hay en las esperas preludios corales, amorosos aleteos, y principian por todas partes el movimiento y la vida.

Diríase que los vientos se apresuran á derramar por los valles el aroma de las flores que se abrieron durante la noche.

Los toques de la campana eran pausados y lentos... Cesaron, y, un instante después, estalló en todas las torres un repique bullicioso y plácido, retozón é infantil, como si convocara turbas escolares, como si los tañedores fuesen angelillos traviesos escapados del cielo.

¡Las misas de aguinaldo!



XXVI

Oí ruido en la habitación contigua. Tía Pepilla se había levantado, y no tardó en llamarme. Daba golpes en la puerta, y al contestarle yo decía:

—¡Vamos perezoso! Ya está amaneciendo... ¡Arriba! ¡Ya es hora!... Si has de ir con nosotros, levántate! ¿No has oído el repique?

Y la buena señora reía y bromeaba como una chiquilla.

Aun no cesaba la música de las mil campanas villaverdinas. Las de la Parroquia, graves, solemnes, como un arcediano cuando entona el prefacio en la misa de Corpus; las de San Francisco seriotas, sonando en ritmo circular, rotundo el toque, como en los domingos de cuerda; las de

San Juan desafinadas y chillonas; el campanario de la iglesia de San Antonio armaba una algazara sin igual, como en una orquesta platillos y chinosco; en la espadaña del convento de Santa Teresa se volvían locas las campanillas, y el esquilón rajado del Cristo resonaba presumido y vanidoso, á semejanza de un tenor cascado que no quiere retirarse del teatro.

El conjunto era singularmente bello. Aquel repicar vario y caprichoso, sin unidad ni medida, tan distinto del otro con que se anuncian los días solemnes y las fiestas clásicas, tenía algo de la maravillosa música moderna en que parece que los instrumentos van libres, de su cuenta, campando por sus respetos, desdeñando compás y disciplina, huyendo los unos de los otros, pero que de pronto se unen y concuerdan en rara é incompañable armonía que primero sorprende, luego subyuga, y, por último, nos hace ver bosques silenciosos, regiones celestes sin nubes ni celajes, cerúleos adormecidos mares.

La música de los campanarios caía sobre la ciudad en frescas oleadas y se difundía por el valle, á manera de río desbordado que quisiera escaparse por los barrancos. Allí se detenía un instante, y luego como que se levantaba ansiosa

de volver á las alturas, para remontarse á los cielos en pos de los astros que iban palideciendo y borrándose en la tenue claridad del crepúsculo.

¡Qué bien se harmonizaba aquel vibrante vocerío con el despertar de valles y montañas, con los preludios del pueblo alado, con el susurro de las arboledas, con el canto idílico del Pedregoso, con el centellear de los luceros, y con el mugir de las vacadas en el cercano ejido!

No sé por qué temí que la tía Pepilla supiera que no había yo probado el sueño. Deshice el intacto lecho, revolviendo sábanas y colchas; tomé el sombrero y el gabán, y salí al corredor. La anciana y Angelina me aguardaban allí. Tía Pepa muy rebozada con el pañolón; la doncella, caído sobre los hombros el abrigo, dejaba ver su hermosa frente.

—¡Buenos días!—me dijo tímida y medrosa.

Seguro estoy de que se puso roja como una amapola al estrechar mi mano.

—¡Vamos, muchacho. . . vamos! ¿Qué aguardas? Y tú Angelina: ¿despertaste á señora Juana para que se quede con Carmen?

—Sí, señora.

—Pues vámonos, Rorró, que de aquí á San

Antonio ya tenemos que andar. Está lejos, pero allá iremos,—repetía—que allí hay pitos, y sonajas, y panderos, y música de cuerda que toca sones y piezas alegres, y la misa no es larga. . . . ¡Como que la dice el P. Solís!

Tomamos calle arriba, por una acera angosta y desigual. Había que subir penosísima cuesta. La capilla de San Antonio está en el Barrio Alto. Desde allí se goza de un hermoso panorama.

Los farolillos ardían con mortecina luz. Los serenos apagaban sus linternas, y grupos de mujeres y de niños iban apresurados hacia el templo. Las madres regañaban á los chicos porque sonaban sus pitos y sus panderetas, como temerosas de que á la hora precisa unos y otras se les quedaran mudos.

Ofrecí mi brazo á la anciana.

—No,—me contestó—voy mejor sola! Dáselo á la señorita. . . .

Angelina no le rehusó, pero comprendí que le aceptaba por compromiso. De pronto se detuvo tía Pepa, y, sonriendo, nos dijo:

—¡Bonita figura! La vieja siguiendo á los galanes!

Angelina quiso desenlazar su brazo; pero yo no lo permití.

Encontramos nuevos grupos que iban á toda prisa, sin duda para ganar puesto en la capilla. En una esquina topamos con unos *nacateros* que se dirigían al mercado, muy cargados con grandes piezas de carne sanguinolenta. Al llegar á la plazuela pasó delante de nosotros un lechero, jinete en un caballo, á cada lado un cántaro. Nos saludó respetuosamente. Era joven; bien claro nos lo dijo su fresca y limpia voz:

—Es Mauricio. . . .—dijo Angelina.

—Es el lechero de Santa Clara. . . . De la hacienda del señor Fernández. . . .—agregó la anciana, dirigiéndose á mí.

Cuando subimos la escalinata vimos que las gentes se agolpaban en la puerta. Aun no abrían los sacristanes, y todos pugnaban por colocarse en buen sitio para entrar los primeros.

La capillita de San Antonio, el *santuario*, como la llaman los viejos villaverdinos, es una iglesia de estilo churigueresco, muy bien dispuesta y situada en lo más alto de una loma desde la cual se domina toda la ciudad.

El cementerio está acotado con una verja que tiene sendas puertas en los tres lados. Cuatro añosos cipreses dan al sitio un aspecto fúnebre, verdadero aspecto de cementerio.

Tía Pepilla no quiso llegar hasta el punto donde los devotos bregaban para abrirse paso, y tomó asiento en el último peldaño de la escalinata.

Reían los mozos, charlaban las doncellas, regañaban las viejas, y la chiquillería iba de un lado para otro, con incesante ruido de cascabeles y de pitos de agua que remedaban á maravilla los gorjeos de un coro de alondras.

Angelina y yo nos acercamos á la verja, vueltos hacia la ciudad. Ya no repicaban en las torres. En cada una de ellas una campanita atiplada, urgente y chillona, llamaba á los fieles.

Aun no despuntaba el día. Los faroles de Villaverde brillaban en las calles oscuras y por encima de los tejados como un enjambre de coeyos. El cielo menguaba en luces, y una apacible claridad glauca, pura como la atmósfera y plácida como el fresco vientecillo que mecía los cipreses, iba inundando el firmamento. Orión se hundía entre los picos de la cordillera, y la Osa Mayor descendía hacia los valles de Pluviosilla. En la región opuesta vagos albores anunciaban la aurora. La vega toda revivía; el Pedregoso corría gárrulo y cantante, como si sus ondas repitieran quedito la extraña armonía de los repiques.

El cielo límpido de aquella noche casi invernal perdía poco á poco su inmensa serenidad. Del vago albor que clareaba en las cimas orientales, de las suaves tintas glaucas que todo lo invadían, brotaron lentamente, primero indecisos é indefinibles, luego distintos y bien perfilados, celajes y nubecillas de color de violeta, á través de las cuales vimos que desaparecían las estrellas entre ráfagas de fuego. Las campanitas seguían llamando á misa, el río seguía cantando, y susurraban las arboledas, y venía de las selvas y de las cañadas algo como rumor de lejanas orquestas misteriosas que ejecutaban, allá en la sierra, en lo más recóndito de la cordillera, inaudita sinfonía.

Abrióse, por fin, la puerta de la capilla, y la multitud se precipitó en el sagrado recinto.

De codos en la verja contemplábamos nosotros el espectáculo arrobador de aquel espléndido crepúsculo, el panorama de Villaverde alumbrado por los rojos fulgores del naciente día que incendiaba con reflejos de hornaza los celajes que bogaban en el horizonte.

—Angelina:—exclamé, estrechando la mano de de la doncella—¿me amarás siempre, siempre, como yo te amo?

—¡Siempre!—contestó estremecida—Como hoy, como mañana, hasta después de muerta!

A la incierta luz de la aurora, que bañaba en celestes claridades el rostro de Angelina, vi que lloraba, que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Niña!—gritó mi tía desde los umbrales del templo—¿Qué haces? ¡Ya empezó la misa!

La joven corrió hacia la iglesia. Las torres saltaron el último repique; el órgano desató sus raudales de místicas armonías, y á sus acordes solemnes se unió festivo coro de infantiles voces, de gorjeadores pitos, de ruidosas y tintinantes panderetas. La misa principiaba. . . . El P. Solís entonaba con su vocecilla devota y simpática:

¡Gloria in excelsis Deo!




XXVII

De mi casa al despacho de Castro Pérez. Terminado el trabajo, á eso de las cinco, nada de tertulia en la botica, nada de oír tocar á la señorita Fernández. A mi casita, á mi pobre casita, que me parecía un alcázar. Si acaso, y eso de cuando en cuando, á visitar al dómine ó á charlar con Andrés. Los domingos, de vuelta de misa, á conversar con las tías y con Angelina, á leer, á escribir. . . .

Por la tarde al patio. La doncella y yo regábamos las plantas, y luego nos instalábamos al pie del naranjo. Cortábamos violetas y rosas, y nos entreteníamos en hacer ramilletes, empeñando cada uno en que el suyo fuese el mejor. Angelina solía tejer unas guirnaldas en que mezclaba los helechos de un modo maravilloso. Gran

variedad hay de ellos en Villaverde, y en nuestro jardincillo crecían de los más lindos. Cerca de la fuente, en las piedras, y en los troncos viejos, se daban algunos que parecían plumas, cintas de seda, tiras de raso.

Concluida la obra, corríamos á oír el fallo de las señoras. Para la enferma eran mejores los míos; para tía Pepa los de Angelina eran los más bonitos. El premio de aquellos certámenes florales consistía en un abrazo cariñoso de la infeliz anciana, la cual apenas podía alargar la mano para acariciar al vencedor. Pero siempre había para la joven una frase tierna, un halago de aquellos labios trémulos, á las veces contraídos por una sonrisa de dolor.

Los ramilletes servían después para decorar el altarcito de la Virgen, ante la cual ardía á todas horas una mariposilla. Colocada la ofrenda volvíamos al patio. Entonces Angelina hacía otro ramillete, un ramilletín muy cuco, para que alegrara mi recámara, puesto en una copa de cristal en que nunca faltaban diamelas, capullos carminados ó heliotropos fragantes.

Mientras la joven disponía las flores, fiados en que las tías no podían escucharnos y en que señora Juana había salido, hablábamos de nuestro

amor. Las misas de aguinaldo nos dieron ocasión de conversar muy á gusto. Salíamos: tía Pepa nos dejaba atrás, yo daba el brazo á la doncella, y desde la casa hasta la iglesia charlábamos que era una gloria.

Más de una vez supliqué á mi tía que me contara la historia de Angelina; le pedí con insistencia que me refiriera cómo había quedado bajo la protección del P. Herrera, un anciano que á la sazón apacentaba en un pueblecillo de la sierra numerosa grey de labradores; pero la señora callaba, sin que ni ruegos ni súplicas le hicieran abrir los labios.

—Pero, tía:—decíale yo—recuerde vd. que á mi llegada, hablando de Angelina, me dijo vd.: *yo te diré*. . . .

—¡Para qué!—contestaba —Es una historia muy triste. . . .

No me causaba extrañeza la singular discreción de mis tías. Así fueron siempre todos los de la familia. De ciertas cosas no se hablaba en mi casa. Esta reserva les fué perjudicial en ciertas ocasiones. Hasta que cumplí los veinticinco años no supe que mi tío Alberto, un bravo militar que murió en Yucatán víctima del vómito, no era hermano de mi madre.

Mis abuelos le recogieron no sé dónde; le dieron crianza, nombre y carrera, y todos le creían hermano de mis tías. Nadie me contó esa historia. Súpela casualmente. Registrando un estante arrumbado me encontré varios documentos, cartas del abuelito y una copia de su testamento. En ellos lei la historia de mi tío, y pude estimar el alma nobilísima del testador, generosa y desinteresada como pocas. ¡Y vaya si el anciano militar era bueno! ¡Y vaya si era inteligente! ¡Qué cartas tan bien escritas! Tan claros los conceptos como aquella su letra española serena y gallarda.

A decir lo cierto, deseaba yo saber la historia de Angelina, pero no me atreví nunca á hablarle de esto. Ella se adelantó á mis deseos, y una tarde, sentada al pie del naranjo, mientras disponía sobre sus rodillas un haz de violetas, separando las que estaban marchitas y comidas de gusanos, cercenándoles el tallo y hacinándolas en grupos, me dijo:

—Mira, mi Rorró: quiéreme mucho, mucho, como te quiere tu Angelina. Te amo con el amor más grande que puede abrigarse en corazón de mujer; como saben amar los pobres y los desgraciados. ¿Nunca te han contado las desdi-

chas de mi vida? ¿Nunca? Pues si no las sabes, si tus tías no han querido referirte mi historia, óyela de mis labios. Acaso debí contártela antes de dar oídos á tu amor, antes de confesarte mi cariño. Muchas veces he querido hablarte de eso; pero ó no he tenido valor para hacerlo, ó tú, con tus palabras amorosas, has distraído mi pensamiento. Bueno es que lo sepas todo. Así no podrás decir nunca que te engañé. Yo sé muy bien cuánto vales; que, por mil motivos, eres digno de una mujer que te honre, sin que la historia de su familia, ó el origen de la que llegue á ser tu esposa sea obstáculo á tu felicidad; yo bien sé, Rorró, que tu tía, doña Carmelita, desea para tí una mujer de brillante cuna, elegante, hermosa. . . . rica. Nada de esto tengo yo. No sé si soy buena ó si soy mala. Me basta saber que te quiero, y que te quiero tanto, que por tí, bien mío, seré capaz del mayor sacrificio. Si te conformas con eso, hoy, mañana, cuando quieras, cuando cambie tu suerte, ó en cualquier tiempo, que yo á todo me avengo y no busco riquezas ni lujos, y sólo vivo para amarte, dame tu nombre, seré tu esposa, y viviremos felices. ¿No es cierto, mi Rorró, que basta muy poco para que dos que se aman como nosotros sean dichosos? Óyeme: no

te apenes si ves que lloro, y déjame, déjame que te cuente todas las tristezas de mi vida!

Quise ahorrarle aquella pena, y le pedí que habláramos de otra cosa; le rogué que no me atormentara con aquella narración dolorosa. ¡A qué saber la historia de Angelina! ¿No me bastaba saber que vivía para mí?

—¡Nó! ¡Me oirás! ¡Me oirás, Rorró! Sé muy bien que voy á darte una pena. . . . pero, óyeme. . . —Y fingiendo disgusto y como amenazándome, tomó una violeta de larguísimo tallo, y con ella me azotó el rostro cariñosamente, agregando:—Me oirá vd., señor mío, ó. . . ¡No vuelvo á mirarte así, como á tí te gusta! Así. . . .

Y clavó en mis ojos una mirada apasionada y profunda.

—Te oiré, alma mía,—repuse—si así lo quieres. . . .

La doncella suspiró, quedóse pensativa largo rato, bajó los ojos abatida y triste, y sin mirarme dijo con inmensa ternura:

—¡Así te quiero!

Y siguió sin decir palabra, separando flores y cortando tallos. Le arrebaté las tijeras y el ovillo.

—Habla, Angelina. . . .

—¡Quiera Dios,—replicó—que mi historia no sea para tí causa de pena!

En seguida agregé, variando de tono.

—Dame las tijeras y el ovillo. . . . Mira que si no me los das no tendrás flores en tu mesa. . . flores puestas por mí!

Le dí lo que pedía. Al dárselo observé que tenía los ojos arrasados en lágrimas. Quedó silenciosa largo rato, hasta que al fin logró dominar su emoción, y riendo, ó fingiendo que reía, como un niño que va á contar un cuento, principió:

—*Está vd. para bien saber y yo para mal contar. . . .*

